

## Tarcisio Higuera B. *Acercamiento y comprensión entre intelectuales y tipógrafos*

No podemos negar que hay momentos en que los tipógrafos sentimos no disimulado disgusto por los escritores, a pesar de la admiración que nos merecen. Este disgusto se hace evidente cuando ellos, en su diario contacto con la imprenta, echan por la calle de en medio, hacen tabla rasa de las normas tradicionales y burla burlando pretenden “descomponer” lo ya compuesto y en veces aun lo ya impreso, para hacer correcciones a destiempo y hacer salir de sus casillas a directores, linotipistas, correctores, armadores y hasta encuadernadores, todos ellos colegas y peones de brega de los intelectuales.

No parece sino que las letras de molde, tan respetables para los lectores, tuvieran la cualidad de hacer descubrir a los escritores yerros y dislates de que antes no se habían percatado: que el giro incorrecto, que el vocablo mal empleado, que falta de énfasis, que aquella ambigüedad, que la concordancia, que el tiempo verbal, que el *que* galicado, que esta frase es una repetición; por no mencionar las mil y una peripecias y otros tantos cambios que se le ocurren tarde al autor; papel que ya no me gusta, originales confusos, casi ilegibles, demoras en las correcciones, que el formato, que las tintas; y el pobre tipógrafo... ¡a reventar!

Y si el escritor o intelectual o encargado de corregir las pruebas es empleado oficial... ¡las complicaciones, demoras e inoperancia hay que elevarlas por lo menos al *cubo*!

Cuando un nuevo libro llega a nuestras manos, al desempacarlo y encontrarnos con él... qué maravillosa emoción nos embarga: es como si al despojarlo del papel que lo envuelve, nos embrujara la lumbre de una estrella; porque todo libro constituye una sorpresa maravillosa; porque en la blanca pulcritud de sus hojas, todavía olorosas a tinta, hay una nueva creación! ¡Y si la edición es esmerada, con hermosos fotograbados, deslumbrantes policromías y una portada moderna y sugestiva, nos sentimos como trasladados a un palacio encantado cuyos misterios no quisiéramos conocer sino lenta y parsimoniosamente!

Pero en ese momento no se nos ocurre pensar cuán ardua y delicada fue la urdimbre, escalonada y penosa de esa bella edición, desde

cuando se recibieron los originales hasta el momento feliz en que salió el primer ejemplar.

Si nos tocara ver ese proceso, cuando las manos expertas del linotipista convierte las matrices frías en ascuas luminosas, y cuando el elevador toma una y otra vez las primeras para multiplicar —nuevo Sinaí— las palabras y la ideas, y colmar las galeras, que simulan amplias y reverberantes autopistas. ¡Cuánto esfuerzo ha representado ese primer escalón!

Esas mismas galeras, trasladadas al papel, van al corrector para que este operario realice una labor incansable y la autopista se perfeccione y embellezca al conjuro de su ojo vigilante! Pero el corrector ha tenido que acumular mucha cultura para capacitarse.

Viene la armada y está bien que así se le llame, pues una platina cubierta de páginas da la impresión de un mar en calma surcado de bajeles rutilantes en perfecta formación. Pero el armador debe dominar los secretos del arte y de la belleza.

Y el impresor... ¡Cuando un equipo de máquinas automáticas de cilindro entra en movimiento isócrono, acompasado por el ruido de sus motores y lanza sobre el recibidor los pliegos impresos, en perfecto orden, semeja más un escuadrón de bombarderos que surca el aire mientras se abre la portezuela para que se arrojen los paracaidistas por los espacios abiertos! El símil es exacto para el libro, que invade todos los mercados del mundo con el arsenal de la cultura!

Por último, cuando el encuadernador termina su trabajo, que más parece de arquitecto, y acomoda miles de libros sobre las grandes mesas, lo que semeja ese conjunto abigarrado e imponente son rasca-cielos de Liliput con frescos gigantescos, en las planicies de una ciudad de ensueño!

Mucho hemos luchado por acabar con el empirismo de nuestros tipógrafos y en particular de nuestros armadores que son, con los diagramadores —diagramadores de escuela— los plasmadores de la belleza editorial. Pero enfrentarse al empirismo de intelectuales convertidos en tipógrafos, sin experiencia que los acredite, es algo desastroso. Lo peor es que la obra literaria que a ellos corresponde no queda respaldada o balanceada con una acertada presentación editorial, porque los autores, en lugar de respetar los fueros de tipógrafos

especializados, demeritan y estorban su tarea con sugerencias descabelladas y hasta risibles.

\* \* \*

Pero colocándonos en el fiel de la balanza, hablemos también del revés de la medalla y consagremos un recuerdo de admiración y hasta de compasión a los intelectuales y escritores tanto más cuanto nosotros ya hemos trasegado esos mismos senderos de dificultades sin cuento y de amarga incompreensión.

El escritor —nuestro escritor—, con muy contadas excepciones no puede vivir de su profesión. Ordinariamente desempeña un cargo burocrático y todo lo que obtiene con su dedicación a las letras, es triplicar, por lo menos, su trabajo sin que reciba una retribución adecuada por su esfuerzo. Cuántas veces lo sorprende el nuevo día inclinado en su modesto escritorio haciendo una investigación exhaustiva, adelantando un estudio crítico, analizando los diversos aspectos de la problemática nacional, preparando una conferencia o profundizando una obra literaria, para enfrentarse enseguida a su trabajo de rutina, sin descuidar ninguna de sus obligaciones.

Preparar una colaboración, o hacer un estudio a fondo sobre algunos de los aspectos que aquejan al mundo contemporáneo o dedicarse a la investigación histórica, son tareas que no cuentan con incentivos adecuados, pero que sí conllevan grandes responsabilidades fuera del morbo, la fiebre, la locura, que se apoderan del escritor cuando busca afanosamente una noticia, una fuente autorizada, un argumento apropiado o el detalle vital, que parecía inalcanzable, para salir de la maraña de las contradicciones. Y si es inmensa nuestra satisfacción cuando nos deleitamos con un libro bien editado, hecho con toda la técnica, salpicada con un sano y vitalizante modernismo ;qué podríamos decir del paladeo y exquisitez que sentimos cuando leemos un libro bien escrito, un ensayo lleno de fina ironía y de sutil penetración; cuando nos adentramos por los caminos misteriosos de la historia y descorremos el velo de lo desconocido, cuando la literatura y la poesía nos embriagan con su poder hechizante, cuando el arte y las ciencias y la filosofía nos hacen descubrir caminos promisorios y horizontes preñados de luz y de bonanza!

El tiempo que se desliza cuando nos entregamos a la lectura de un buen libro sin que nada nos incomode, sin sentir los avatares del cotidiado afán; cuando la fantasía del autor nos hace vivir mundos nuevos, quizá más allá del espacio cósmico, en permanente contacto con las ciencias y con la literatura, forma indiscutiblemente parte de las horas más felices de nuestro vivir, y es como un oasis bienhechor dentro del tráfigo asfixiante de la existencia.

¡Benditas manos las del escritor, erudito, historiador, o poeta que sin medir esfuerzos, vigiliias y privaciones nos deparan horas felices e inolvidables! Trabajan con solícito empeño, con redoblado vigor, con indomable bizarría, como el orfebre que recluso en su laboratorio cincela con afecto las más preciosas gemas, aunque ignore si ellas van a lucir en coronas reales, en cetros de ilusión, o si están destinadas a condecorar insignes capitanes de la ciencia, de la fe, del progreso o de la industria. ¡Saben que ellas han de contribuir a embellecer al mundo y eso les basta! Pero fuera de las anteriores consideraciones, el intelectual tiene otros problemas y no es el menor cuando se ve precisado a enfrentarse a ciertos mal llamados “tipógrafos” inexpertos, empíricos, improvisados y desordenados.

Porque un tipógrafo así, que solo tiene de tal el nombre, que no respeta la sindéresis, que ignora lo que es buen gusto, que es sólo un reunidor de lingotes y de folios, que no tiene ningún título que lo acredite, que es incumplido y que no posee cultura —el mejor y más acorde pasaporte para un profesional de las artes gráficas— es, a no dudarlo, el mayor estorbo para el intelectual que, después de ardua lucha, de tenaz estudio, de exhaustiva investigación, aspira a que su libro sea editado con esmero y con una presentación tipográfica digna del contenido, de acuerdo con las normas inmanentes de la tipografía.

El tipógrafo empírico puede llegar a desempeñar algún modesto papel en lo que llamaríamos la artesanía de las formas, pero nunca se ha destacado en el campo eminentemente intelectual de la interpretación literaria o científica, pues para esto se requieren escuela y cultura, algo así, como el artista de la escena para sentir, para vivir y hasta para superar el papel que se le confía y que solo cuando se realiza con inteligencia, con audacia y con genio interpretativo, es

capaz de arrancar aplausos, entusiasmo y hasta delirio a los espectadores de buena ley.

Citemos algunos casos: Las obras de Alejandro Casona, solo pueden interpretarse decorosamente autores de la categoría de María Guerrero o Fernando Díaz de Mendoza, es decir, artistas pares con el prestigio del autor. Y en lo que hace a la imprenta, la "Eneida" de Virgilio sólo podía editarla con éxito un tipógrafo humanista del prestigio de Aldo Pío Manucio; el "Elogio de la Locura" de Erasmo de Róterdam, solo ediciones como la del impresor Fröber son dignas del genial humanista; "Aristodemo" de Vicenzo Monti, solo la concibe uno editada por el arte insigne de Bodoni, y el "Papel Periódico Ilustrado" no tendría la genialidad que lo ha hecho célebre sin las creaciones plásticas de Alberto Urdaneta.

\* \* \*

De todo lo anterior se deduce que intelectuales y tipógrafos deben buscar un acercamiento para el buen suceso de su trabajo de conjunto, los unos como escritores y creadores, los otros como intérpretes y realizadores, con mutuo respeto de sus fueros, sin invadir terrenos que no les pertenecen, ni tratar de sentirse árbitros en materias que no son de su especialidad, ya que después de todo, las dos partes concurrentes pertenecen a un mismo núcleo: el uno con la luz primigenia de la creación intelectual, el otro con la efigie humanizada de la obra a través de la plástica y el arte interpretativo. ¡En el comprenderse y complementarse los dos humanos factores está el éxito de la cultura y de la evolución artística!